pañeros la menor queja ni protesta, sino que todo lo sufrieron en silencio á imitación de su capitán y caudillo Jesucristo, Señor nuestro.

CAPÍTULO IX.

Cárceles de Junqueira.

Mientras Carvallo, dominado por su desapoderada avaricia, invadía la mejor porción de los bienes confiscados, haciéndose nombrar gran maestre; mientras repartía entre sus hechuras las haciendas y cargos vacantes por la muerte de las ilustres víctimas; mientras hacía aparecer á su hija engalanada con las joyas de las señoras Aveiro, Tavora y Atouguía, como con trofeos de su venganza sangrienta; tenía á nuestro invicto Mártir sepultado en tenebrosa cárcel y en la más lastimosa pobreza. Al principio de su prisión ignorábase cual fuese la morada de los tres Padres, prendidos por supuesta complicidad; pero más tarde se supo que se hallaban en diferentes calabozos, y que al P. Malagrida le habían metido en las cárceles de Belén. Qué tratamiento allí le dieron, qué incomodidades allí padeció por amor de Jesucristo, cuyas huellas seguía, podráse fácilmente colegir por lo que escribían otros Padres, compañeros de infortunio y encarcelados también por Jesucristo.

Yacían los héroes de la fe en calabozos subterráneos, más semejantes á tumbas de muertos que á moradas de vivientes. Su asiento

era á orillas del Tajo y cercano al mar, por lo cual las paredes estaban contínuamente goteando, y, con la humedad, engendraban hervideros de asquerosos gusanos. El aire, que allí circulaba, era infecto y entraba por un respiradero de unos tres palmos de largo y, á vueltas, de tres dedos de ancho, practicado en la bóveda: los más capaces tenían solamente obra de diez y seis piés de longitud y doce de anchura. Tal era el sepulcro del Siervo de Dios y de los demás esclavos de Jesús. Enterrados, por decirlo así, en vida, solo vivían en Jesucristo, teniendo á su imitación que apurar hasta las heces el cáliz de amargura. Quién podrá con palabras referir lo que allí tenían que padecer?

Por un lado, rodeados de perpétuas tinieblas, no podían hallar desahogo ni consuelo en la lectura de libros santos; por otro, acosados por bandas de ratones, no les era dado poner nada al abrigo de su voracidad, viéndose á todas horas acometidos por esos importunos huéspedes sin consentirles momento de tregua. Tal era el atrevimiento de estos roedores, que les quitaban á los presos el pan de las manos, bebíanles el aceite de sus trémulas y pálidas lamparillas, paseábanse durante el sueño por encima de los que dormían, sin que nada fuera capaz de exterminarlos ni ahuyentarlos. Con estas incomodidades su descanso venía á ser no solo muy corto, sino también no pocas veces interrumpido y ademas molesto, sobre todo si se toman en consideración las picadas

de todo género de repugnantes insectos y no menos la dureza de sus camas.

Muchos de ellos no disponían de otro lecho que del duro suelo, ni de otra almohada sino del breviario. Los que gozaban de algún poco de paja ó de jergón, á los pocos días lo lloraban convertido en verdadero esterquilinio. Por igual motivo sus pobres y remendados vestidos desaparecían con el tiempo, no quedándoles sino súcios andrajos ó miserables girones, con que cubrir su desnudez. Cuando trasladaron al P. Malagrida á las cárceles de la Inquisición, no le quedaban de su hábito talar sino asquerosos harapos, capaces de mover á conmiseración á corazones, que no hubieran perdido todo sentimiento de humanidad.

Sin conmiseración ni sentimiento de humanidad eran la mayor parte de los carceleros, que guardaban á las inocentes víctimas. Insolentes y groseros, los trataban con la mayor indignidad sin respeto ninguno ni á las canas de ancianos venerables, ni á la desgracia, que les oprimía, ni al carácter sacerdotal, que los adornaba, ni al saber y virtudes, que los embellecían. Rapaces por inclinación, robábanles cuanto podían, rosarios, libritos, estampas, y hasta el mismo breviario. A uno pretendieron arrancarle el Crucifijo, que llevaba en el pecho; pero fué tal la resistencia que opuso, que aquellos verdugos, á pesar de su fiereza, no pudieron menos de permitirle aquel tesoro de tanto consuelo y eficacia para un religioso atribulado.

No era mejor el trato, que les daban respecto de la comida. Teníanse por bien abastados el dia que podian comer media libra de pan, aunque cubierto de moho. A los enfermos no se les administraba sino mal caldo, y este aun en corta medida, además del completo abandono en que se los tenía, sin permitir ni á personas de fuera ni á ninguno de sus compañeros que les asistieran en las mas precisas necesidades. Qué privaciones tan duras! Qué crueldad la de los enemigos de Dios, atizados por el demonio! En medio de aquellas miserias, asquerosidad y desamparo tristísimos, muchos de los encarcelados se cubrían de llagas horribles que daban compasión. Entre estos había un sacerdote, anciano venerable, encanecido en las fatigas de sus ministerios, cuyo cuerpo estaba hecho una úlcera, desde los piés á la cabeza.

Oh dolor! El pobrecito, casi del todo desnudo por habérsele podrido los vestidos, y casi paralítico, no pudiendo mover sus brazos, ni encontrar una alma compasiva, que le valiera para tomar el cortísimo alimento que le daban, pobrecito! menospreciado, como animal inmundo, se veía en la precisión de tenderse por el suelo para coger con la boca la sucia y escasa comida y sorber el agua, aplicando los labios y la lengua. Triste, tristísimo debía de ser semejante estado; pero no era esto lo peor.

Lo que más sentían aquellos adelantados discípulos de Jesucristo, lo que más atormentaba su religioso corazón, sumiéndolos en un

mar sin fondo de amargo duelo, era verse privados del augusto sacrificio de la misa y de la sagrada Comunión, verdadero pan de los fuertes, que tanto esfuerzo comunicó siempre á los mártires del Evangelio. Aun el santísimo Viático se les negaba á no prescribirlo el cirujano, único médico que se les concedía en sus enfermedades, el cual no les otorgaba gracia tan anhelada, sino cuando los consideraba completamente sin remedio y próximos á espirar. Por esto algunos, encerrados solos en su calabozo, perecieron sin humano socorro y con el desconsuelo de no recibir los últimos sacramentos, siendo así que, en contiguas y cercanas mazmorras, había más de veinte sacerdotes, que los habrían asistido con suma diligencia y fraterna caridad en aquellos críticos y postreros instantes de la vida. Impíos! Querían que muriesen desesperados, y á este blanco infernal parecían encaminar sus disposiciones.

Para que en tan desconsoladora situación no hallaran ningún bálsamo, que mitigara sus penas, se habían tomado las medidas, con que cegarles toda comunicación tanto con los de dentro, como con los de fuera. Habíanles además quitado todos los enseres para escribir; hasta las hojas en blanco de algún libro, que no habían podido arrebatarles, se las arrancaron para privarles de este inocente consuelo. La providencia de Dios, sin embargo, les abrió camino para poder burlar la injusta incomunicación, en que los tenían.

Para remedio de las manadas de ratones pusieron un gatito, que corría de calabozo en calabozo, penetrando por un agujero de la puerta, practicado con este objeto. Este animalito les sirvió de correo para la mútua correspondencia. Habiendo conseguido por piedad algún pedacito de papel, acertó uno á escribir una cartita, la colgo al cuello del gato, y atando á su patita un largo hilo, lo soltó, conservando el otro extremo en su mano. Penetrando el mensajero en otra mazmorra, llamó la atención del cautivo, que tomando el billete, contestó y ató su esquela al hilo, como se le indicaba. Por este conducto tirando el primero del hilo, recibió la respuesta; y así de esta suerte fueron comunicándose los unos á los otros sus penas y consuelos espirituales.

Otro medio, más fácil, de hablarse ocurrió á otro. Habíanse olvidado los guardas de quitar una hoja en blanco de la obra *Ejercicios de perfección y virtudes cristianas de P. Alonso Rodríguez,* que pasaba de una á otra prisión por medio de un carcelero, algo más compasivo. A uno de los inocentes presos le acudió la idea feliz de establecer un telégrafo fonético, formando un alfabeto, cuyas letras vinieran representadas con cierto número de golpes dados en la pared. Escribió su invento en dicha hoja por medio de una paja ennegrecida al humo del candil, y después de haberlo pegado con saliva y pan, entregó el libro al carcelero, como si nada fuese. Al cabo de algunos dias ensayó su sistema golpeando la pared; pero nadie res-

pondió á sus preguntas. Solo tres meses después, habiéndose desprendido la hoja pegada, la caritativa invención vino á ser conocida por otro cautivo, que atendiendo al sentido de los golpes, se animó á contestar con gran júbilo y satisfacción de los interlocutores. Así se fué extendiendo, poco á poco, la nueva estratagema hasta que todos los de aquella cárcel pudieron hablarse y entenderse mútuamente por medio del golpeo telegráfico.

Servíanse de ello para animarse los unos á los otros en sus comunes tribulaciones y martirios, para pedir oraciones por los enfermos y difuntos, y para comunicarse las noticias y sentimientos, con que se pudieran ora consolar en sus penas, ora disponer para otras más sensibles. De esta suerte sabían los presos cuanto pasaba en aquellas cuevas mamertinas. Pero con el andar del tiempo fué menester cambiar su método, bien para no ser descubiertos, bien para no excitar sospechas, por lo cual trocaron los golpes en silbidos. Creciendo con tan felices sucesos el valor, y alentándose los unos á los otros, llegaron á encontrar medio de salir de su encerramiento y visitarse mútuamente, abriendo y cerrando las mazmorras sin ser notados. Además, como quiera que en virtud ó por vicio, de las severísimas órdenes de Carvallo, jamás les fué permitido por espacio de diez y ocho años ni oir misa, ni comulgar, á pesar de todos los esfuerzos de la vigilancia y á pesar de la prepotencia de sus enemigos, procuráronse un altar con los correspondien-

tes ornamentos y celebraron varias veces los sacrosantos misterios en aquellas tristes catacumbas.

Tristes también eran, en verdad, las nuevas que se trasmitían, porque solo estaba permitido notificarles cuanto pudiera llenar de amargura sus ya apesadumbrados corazones. Así llegó á oidos de nuestro invicto Mártir la para él tan aflictiva, como prevista desgracia de la prisión de todos los Jesuitas de la provincia lusitana.

Era la noche del 15 al 16 de febrero de 1759, cuando todas las casas, que tenía en Portugal la Compañía, se vieron á la misma hora cercadas de soldados, y los Padres en toda la extensión del reino despertaron prisioneros. Estos eran nuevos síntomas agravantes de más amargas tribulaciones, ya que al arresto general siguió la prisión de los Padres más distinguidos de la provincia, los cuales fueron metidos en los antros de la torre de S. Julián. Debía de haber tenido lugar este nuevo atropello la noche del 5; pero no se pudo efectuar, como estaba proyectado, por no haber podido reunir á tiempo la tropa necesaria en los lugares designados.

Gracias á este retardo llegaron con anticipación á conocimiento de los Jesuitas las urdimbres inhumanas de Pombal: mas ellos, escudados con el testimonio de su inocencia, aguardaron tranquilos las disposiciones de la divina Bondad sin murmurar ni quejarse de las injustas vejaciones, que les amagaban.

Para ellos valía más ser mártir que simular siquiera mentida traición. Y en realidad de verdad, por más que reprendan algunos este silencio y casi exceso de conformidad, en que brillaron no menos el P. Malagrida que todos los compañeros de persecución, para un perfecto religioso no aparece en tal conducta otra cosa, sino un edificante dechado de mansedumbre, cuya heroicidad son incapaces de comprender los esclavos de máximas mundanales. Bien diferentes eran los sentimientos, que tal resignación arrancaba de algunos de los más enemigos de la Compañía. Hé aquí lo que por aquel tiempo escribía desde Portugal un español distinguido.

«Este reino desgraciado presenta á nuestros ojos el espectáculo más triste y lamentable. En todas partes no se ve sino desorden, confusión y tiranía. La historia de los pasados siglos no presenta en todas sus páginas otro cuadro más desgarrador. Los ciudadanos son aprisionados y entregados á la muerte en público ó en secreto. Todo hombre que reflexione un poco, se ve obligado á exclamar: *Dios ha abandonado á este reino!* En la carta, que últimamente dirigí á V. E., le daba á conocer que después de habernos opuesto al instituto religioso de la Compañía de Jesús, todos hemos reconocido nuestra sinrazón. En efecto, después de las más escrupulosas pesquisas y detenido examen en los libros de cuentas de los Jesuitas, nada hemos encontrado que no nos edifique y no vaya encaminado á un fin santo. Yo mismo

he tenido por espacio de cincuenta y dos dias en mis manos este precioso tesoro junto con otros documentos varios, los cuales todos son otras tantas pruebas de la persecución injusta, que se ejerce contra estos religiosos.»

«Pálpase ahora el dique, que esta santa religión oponía á la desmoralización pública ya por medio de su predicación, ya también por sus escritos, puesto que en el mismo instante, en que se ha visto como aniquilada entre nosotros, el mal ha inundado todo el reino. No vemos en ellos sino ejemplos de invicta paciencia y resignación santa, con que se ofrecen á sí mismos en holocausto al Señor por estos reinos y por sus propios perseguidores y enemigos. Sus guardas mismos se sienten conmovidos y se convierten á más cristiana vida en vista de las dulzuras celestiales, de que los ven colmados en medio de sus quebrantos.»

«Que V. E. no atribuya á inconstancia el cambio, que advierte en mi modo de hablar sobre la Compañía de Jesús: la justicia y la conciencia me han abierto los ojos y me han hecho conocer mi error. Un gran número de religiosos pertenecientes á otras órdenes, han cambiado como yo... Algunos han llegado á predicar desde el púlpito que la Compañía de Jesús ofrece á Dios tantos mártires, cuantos hijos tiene en este reino. En el triste estado de cosas, en que nos hallamos, solamente la Compañía de Jesús permanece completamente compacta y unida, al paso que las demás órdenes se hallan fraccionadas en bandos y partidos.»

Hasta aquí los sentimientos de este religioso español, en tiempos anteriores bien poco afecto á la Compañía, los cuales eran los sentimientos unánimes de todo el reino de Portugal. A los mismos carceleros, edificados ya con ejemplos constantes de todas las virtudes, arrancaban lágrimas de compasión los malos tratos é incomodidades, á que vivían sujetos los inocentes presos. *Qué cárcel tan horrible!* exclamaba cierto dia uno de ellos; *alabo vuestra paciencia!* Otro para alentar á uno de los cautivos á recibir con resignación tan acerbo malestar, le recordaba la heroica humildad y constancia de S. Ignacio, aherrojado por Jesús en Alcalá y Salamanca. En todas partes, por donde conducían á aquellos Mártires esclarecidos, ya que no era permitido á los pueblos auxiliarles en tanta necesidad é indigencia, no se les podía impedir darles muestras de su compasión y afecto. *Cuánto padecen por la gloria de Dios!* exclamaban unos: otros decían: *Estos son la imagen del Salvador, atormentado en medio de sus verdugos!* Y todos los que sentían en su alma alguna chispa de caridad, daban señales de sentimiento á vista de sus maestros en la fe, tan perseguidos y cruelmente tratados por la justicia.

En medio de tanta pesadumbre y duelo los que mayor paz tenían y hasta cierto punto los que más gozaban eran los encarcelados por Jesús, puesto caso que rebosaban en consuelos inefables, y no era el menor palpar la providencia con que el Señor velaba por ellos de un

modo particular. Esta patentísima Providencia obligó á unos de los comandantes, que los custodiaban, á prorumpir en estas expresiones: *Cosa admirable, portentosa! En estas mazmorras todo se pudre y consume: solamente los Padres resisten á todas las intemperies y adversidades!* De las mismas ideas participaban algunos de los guardas, los cuales no podían menos de apostrofarlos con estas palabras: *Qué raza de hombres son Vds.? Allí donde la madera más dura y el hierro mismo no pueden resistir á la acción de la humedad, pueden Vds. vivir tanto tiempo y sin novedad alguna?* Hasta el mismo cirujano, antes con los encarcelados sino cruel á lo menos poco compasivo, llegó á manifestar sorpresa mezclada de estupor en viendo que sus enfermos, desprovistos de lo más indispensable, recobraban casi milagrosamente la salud perdida.

Pocos eran los que sanaban en virtud de medicamentos humanos. Cuales debían su restablecimiento á votos que hacían al Todopoderoso, cuales curaban casi repentinamente con solo tomar la harina de S. Luis Gonzaga, y muchos con recibir el Santo Viático. De estos hubo quien por tres veces estuvo luchando con las agonías de muerte y otras tantas recobró la salud luego de recibido el pan de los fuertes. Así el practicante, admirado de tales mudanzas, al encontrarlos gravemente enfermos, solía decir: *Dadle el Viático y se pondrá bueno!*

En muchos de los que morían se les trasformaba el semblante de arte, que tomando una

expresión bellísima, expresión de bienaventurado, publicaba al parecer en la tierra el gozo que inundaba ya sus almas en el cielo. En su presencia, tanto los soldados, como los carceleros, sentíanse compungidos y excitados á devoción de modo que, al llevarlos á la sepultura, prorumpían en estas ó parecidas exclamaciones: *Hé aquí á un bienaventurado! Tiene aspecto de santo! Sí: de ello somos nosotros testigos!*

Estos y otros hechos más providenciales todavía, llenaban de consuelo en tanto grado á los cautivos, que no solo se felicitaban mútuamente por las penas y tormentos que sufrían, sino que tambien sentían nacer en sus corazones santa envidia por los que espiraban entre cadenas, no ya porque con ello se libraban de tan horribles padecimientos, puesto que en estos hallaban venero de celestiales tesoros, sino porque los que terminaban en tal martirio tenían ya segura la palma, que ellos, sobreviviendo, podían tristemente perder. Morir en el combate y en el lugar destinado por Dios á sus luchas eran los votos de todos los prisioneros, de manera que algunos, que por ser extranjeros recibieron libertad, partieron con tristeza á su patria, y hubierán preferido la condición de los que padecían persecución por Jesucristo á las comodidades y dulzuras de la libertad.

No recibió tal gracia é indulgencia el Padre Gabriel Malagrida por más que fuera extranjero, sino que reservado por Dios para sellar

con la sangre sus largos trabajos apostólicos, se preparaba en aquellas húmedas y lúgubres cavernas á la ignominiosa y horrible muerte, que puso fin á sus padecimientos.

CAPÍTULO X.

Maquinaciones de Pombal por expatriar á los Jesuitas, y sentenciar á muerte al P. Malagrida.

En tanto que el venerable Anciano sufría en la prisión lo que con humanas expresiones es imposible describir, su enemigo se ocupaba con ardor digno de mejor causa en llevar á remate su desatentado proyecto de extrañar de Portugal á todos los de la Compañía, que no tuviera en la cárcel reservados para mayores desdichas. Con tal furor le aguijaban la saña y el odio que al punto hubiera querido arrojar á los Jesuitas del reino lusitano, y sobre todo, entregar á nuestro benemérito Apóstol á muerte ignominiosa; pero, en aquel reino fidelísimo respetábase todavía, por lo menos aparentemente, la inmunidad eclesiástica; y, como entre los jueces eclesiásticos aun había quienes no estaban vendidos á los arrebatos satánicos del ministro, no pudo poner cima á sus injustas é inhumanas aspiraciones tan pronto, como hubiera deseado. Para allanar, pues, el camino, y quitar toda traba á sus antojos, en nombre del rey, con fecha 20 de abril de 1759, escribió al soberano Pontífice reclamando jurisdicción omnímoda sobre todo el clero y órdenes religiosas en las causas criminales, con la fa-